

## EPÍLOGO

En relación con la guerra de la Vendée una tesis doctoral vino a cambiar el estado de la cuestión definitivamente: me refiero a la de Reynald Secher, publicada en Francia en 1986 con el título de *La Vendée-Vengé. Le génocide franco-français*<sup>1</sup>. A partir de entonces, al menos quienes quisieran conocer la verdad más profunda de la Revolución francesa disponían de un trabajo de investigación inapelable por su rigor. Ciertamente, no ha tenido —aunque haya sido bastante— toda la difusión que merecía; tanto desde el poder —político y mediático— como dentro el mundo académico se hizo lo posible por minimizarla. Y es que la corrección política de una sociedad ya gobernada por el relativismo moral no podía tolerar que aquella revolución, madre del régimen liberal tanto como de la laicidad masónica establecida de su mano, se presentara con su verdadero rostro: el de un sistema totalitario que, a fin de establecer su propia religión, había tratado de erradicar el catolicismo sobre la faz de la tierra francesa para extender después al

---

1 Ed. PUF, París, 1986; Perrin, 2006.

resto del mundo su nuevo sistema de valores y creencias; completamente opuestos a la fe revelada. Sin detenerse ante el genocidio, empleado, ya entonces, como un aviso de lo que podía ocurrirles a los individuos o naciones que se opusieran al designio espiritual de la hecatombe revolucionaria. Y los autores de dicho genocidio, a su vez, tampoco habrían de entretenerse en consideraciones de tipo humano o legal —acababan de proclamar unos derechos que serían conculcados de la manera más atroz— para castigar y prevenir a los católicos de toda la nación; hasta extremos que podrían considerarse exagerados por parte de quienes se acerquen por vez primera a aquellos sucesos.

El libro de Secher no se tradujo al español, por lo que mi editor, consciente de su importancia, me propuso darlo a conocer al lector de lengua española en sus principales aportaciones documentales. Así surgió *La guerra de la Vendée. Una cruzada en la Revolución*<sup>2</sup>, donde sostengo, a diferencia de Secher, que sin la menor duda dicha contienda tuvo, por parte del bando sublevado, ese carácter de cruzada por encima de cualquier otra consideración. Y esa es la tesis que se desprende precisamente de la lectura de *Una familia de bandidos*, como podrá confirmar el lector que acaba de terminarla. No dudé por tanto en aceptar también la reciente proposición del responsable de esta nueva edición de la ya clásica obra que narra lo sucedido a la familia de Serant durante el período revolucionario en aquella región, mítica referencia del legitimismo francés. Y aquí está este epílogo, en el que hablaré de lo que vino detrás del huracán que barrió la Francia del Antiguo Régimen; en más de un sentido esa *doucer de vivre* que se entrevé en el comienzo de la narración había desaparecido para siempre. Esa es una de las primeras conclusiones.

---

2 Ed. San Román, Madrid, 2016.

Las consecuencias de la barbarie republicana incluso varios años después del final de la guerra eran claramente visibles: disminución de la población y ruina económica; ese era el legado de los gobernantes de la República, tanto de los que ya habían controlado el país años antes, durante el período de la Asamblea, como de los que vinieron después con mayor ensañamiento: los del Comité de Salud Pública; los de aquel período justamente recordado como El Terror; los que firmaron la sentencia de muerte para toda aquella población que vivía en una de las regiones de su propia patria; la patria que decían defender autoproclamándose precisamente «patriotas»; como si los defensores del trono y el altar no fueran «ciudadanos» ni franceses. Como si no fueran ni siquiera humanos se les trató. «Insectos dañinos» como calificaba Lenin a los rusos contrarrevolucionarios; insectos que debían ser exterminados en la “nueva Rusia”. Eso ya se había visto antes; en la Francia que fue el escenario de la obra que comentamos. Aparte de tanta desolación como reflejan las cifras, resultará interesante sin duda para quienes acaben de leer estas páginas, sin conocer a fondo la materia, saber qué fue de la Vendée, qué de los descendientes de aquel heroico pueblo que lo sacrificó todo a la fe que profesaba. Pues bien, tras El Terror, con el Directorio, la persecución religiosa se mantuvo, aunque en un tono menor; es decir, sin las masacres de períodos anteriores. Pero inmediatamente después, con el principio del Consulado, parecía terminar la pesadilla; o al menos su peor parte, —porque ya nada sería igual que antes de la galerna—: por fin en 1799 volvían los sacerdotes refractarios. Uno de los documentos que Secher incluyó en su tesis nos resume la situación anímica y material del país, en aquellos esperanzadores momentos, relatando el regreso de uno de aquellos «buenos curas» a la región; concretamente al Loreaux-Bottereau:

*«La población entera, en traje de fiesta había acudido a la carretera de Nantes [...] Todos habían querido rodear algunos instantes antes a aquel cuya ausencia había sido tan amargamente llorada. A la vista de aquellas caras conocidas, de esta multitud que hacía retumbar el cielo de gritos de alegría, de esos niños que pedían de rodillas su bendición, el santo anciano [el abate Peccot, refugiado en España] olvidó los sufrimientos del exilio. La inmensa alegría que inundaba su corazón no podía traducirse en palabras. Recibía en sus brazos a sus buenos labradores, lloraba, sonreía a su alrededor y no dejaba escapar más que estas palabras: inintensas. Buenos días hijos míos, buenos días mis queridos hijos, iré a veros. (...)*

*El pastor no puede dominar su emoción ante los desastres y las desapariciones acumuladas por el terror: a su llegada a la calle Des Forges, las lágrimas bañaron de golpe su rostro. Una sola mirada lanzada sobre todas esas ruinas acababa de revelar la extensión de las desgracias que habían abrumado a su parroquia. Buscaba en vano a su alrededor aquella muchedumbre de jóvenes cuya cuna había bendecido o cuya unión había consagrado, que había dejado llenos de fuerza y salud en el principio de la vida. Apenas osaba pronunciar sus nombres o pedir noticias a su familia. Para un gran número, desgraciadamente, la respuesta habría sido la misma. La vista de su iglesia incendiada le arrancó profundos suspiros; esos muros ennegrecidos y esas casas sin techo le anunciaban*

*que desde hacía tiempo el fuego del hogar se había apagado y que no había, en su lugar, más que cenizas y lágrimas<sup>3</sup>».*

Dos años después la situación mejoraba ostensiblemente: en 1801 el Primer Cónsul, Napoleón Bonaparte, firmaba un concordato con Pío VII, el sucesor del papa que había muerto prisionero en la Francia revolucionaria, Pío VI; el mismo que había condenado la Constitución Civil del Clero. Con el concordato se restablecían las relaciones Iglesia-Estado al tiempo que se recuperaba el calendario tradicional, suprimido por los que quisieron erradicar el Cristianismo para introducir a la nación en una era republicana sin Dios; sin el del Evangelio por lo menos. Pero aquello no fue más que un ejercicio de pragmatismo; Napoleón, que a través de la masonería controlaba las instituciones de lo que pronto convertiría en un Imperio, sabía que el trauma revolucionario no podría superarse, ni por tanto reconstruir la unidad nacional, sin restaurar la religión mayoritaria de los franceses; al menos aparentemente y por el momento, ya que después aspiraría a trasladar la sede de la Iglesia a París para, de ese modo, controlarla también. En 1809 llegaría a invadir los Estados Pontificios, convirtiéndolos en un nuevo departamento francés —el del Tíber—, mientras que el propio papa era llevado a Francia como prisionero, al igual que su antecesor. Ese fue uno de los mayores errores del curso: desvelar ante los franceses su propio juego. Por eso, además de otras obvias razones, la Restauración fue recibida en la Vendée con el mayor entusiasmo; otro de los testimonios recogidos por Secher lo refleja:

3 Reynald Secher, o. c., pp. 302-303, en Alberto Bárcena, o. c., pp. 243-244.

*«[...] el día de Pascua, a las ocho de la mañana, estábamos desayunando cuando el señor de Mauwillain acudió corriendo a casa gritando: “¡Viva el Rey! El Emperador ha sido destronado, Luis XVIII es proclamado rey de Francia”. Cómo expresar el asombro, la alegría, la felicidad de nuestros padres que no se esperaban en absoluto un acontecimiento semejante. ¡Francia era liberada de su tirano! ¡Sus hijos, sus queridos niños estaban salvados! El entusiasmo de la población llegaba al colmo. Nunca olvidaré con qué arranque de felicidad se cantó el “Dómine, saluum fac Regen”, por primera vez en la iglesia<sup>4</sup>».*

Habían pasado más de veinte años desde la primera rebelión vandeana; la nación se había convertido en cabeza de un imperio que controló la mayoría de las naciones europeas, y la religión, en parte, se había restaurado, a pesar del golpe asestado a los católicos en 1809, y los sentimientos de los vandeanos seguían siendo los mismos; por eso exultaban de alegría ante el regreso del Conde de Provenza —hermano del Rey guillotinado y tío de Luis XVII, el niño prisionero del Temple por el que se luchó en la Vendée— convertido en Rey de Francia, mientras que Pío VII, libre de su cautiverio de años, podía regresar a Roma y volvía a gobernar sus Estados, al tiempo que restauraba la Compañía de Jesús disuelta, medio siglo antes, mediante una conspiración de ministros europeos tan “ilustrados” y regalistas como impíos. Parecía cerrarse un ciclo infernal con el establecimiento, en el Congreso de Viena, de unos principios que deberían alumbrar una nueva etapa histórica, superadora del caos de los últimos años: era la Restauración.

4 Reynald Secher, o. c., p. 304, en Alberto Bárcena, o. c., p. 244.

Pero en 1830 otra revolución liberal terminaba con la monarquía restaurada; al tiempo que la Virgen revelaba en la calle Du Bac de París a una joven religiosa —Santa Catalina Labouré— que tiempos de tribulación se acercaban nuevamente para Francia y para la Iglesia; en realidad no le hablaba solamente de sucesos puntuales sino de todo un siglo de persecuciones religiosas más o menos visibles, según los instrumentos y la violencia utilizados. Dos años después, en 1832, la impulsiva Duquesa de Berry<sup>5</sup>, madre del último Borbón de la rama primogénita, acudiría, no por casualidad, a la Vendée esperando que volviera a levantarse a favor de la legitimidad. Pero no lo logró, y su aventura acabó como un triste vodevil. Acaso su imprevista llegada a Sainte-Croix fue demasiado precipitada; o los vandeanos no apreciaran claramente las amenazas que a la larga representaba el gobierno de Luis Felipe; a pesar de ser hijo de aquel Duque de Orleans que votó por la muerte de su primo el Rey, además de haber gobernado el Gran Oriente de Francia. No les faltaban motivos de desconfianza hacia la rama menor de los Borbones, pero la situación, desde luego, no era la de 1793. Los tiempos de las persecuciones sangrientas y el genocidio dirigido contra los católicos habían pasado. Salvo momentos bien visibles como fue la Comuna, en 1870, cuando el Arzobispo de París, monseñor Darboy fue asesinado, las técnicas utilizadas por los enemigos de la Iglesia serían más “inteligentes” y sutiles. Quizá fueran ya más plenamente conscientes de que «la sangre de los mártires es semilla de cristianos»<sup>6</sup>; en todo tiempo y lugar. Por eso, entre otros motivos, el desmantelamiento del Catolicismo se

5 María Carolina de Borbón Dos-Sicilias, princesa de Nápoles, había casado en 1816 con Carlos Fernando de Borbón, Duque de Berry, hijo de Carlos X, último rey de la Casa de Borbón que reinó en Francia. El Duque murió asesinado en 1820, antes de que su padre accediera al trono, y siete meses después María Carolina daba a luz al Conde de Chambord; para los legitimistas Enrique V de Francia. Su fallido intento de sublevar la Vendée terminó con la detención de la princesa, que, vuelta a casar, murió en Austria en 1870.

6 Tertuliano (C. 155-225 d. C.)

vestiría con el disfraz de «libertad, igualdad y fraternidad», y durante la III República el asalto dirigido contra la Fe por masones como Ferry o Gambetta, resultaría mucho más eficaz y duradero. Tanto que aún hoy se considera su corrosiva labor una gran aportación a la República. Empezando por la enseñanza como es habitual; tal como denunciara lúcidamente León XIII en *Humanum Genus*, su gran encíclica condenando la masonería por aquellas mismas fechas (1884). Lo mismo que denunciaría su sucesor San Pío X, en 1906, en otra encíclica histórica, *Vehementer Nos*, dirigida a los franceses, cuando ya la separación de la Iglesia y del Estado —por no llamarlo proscripción de la primera— era un hecho en Francia. Y señalaba también a la masonería como responsable de aquel proyecto:

*«Ustedes conocen el objetivo de las sectas impías que ponen sus cabezas bajo su yugo, porque ellos mismos han proclamado con cínica valentía que están decididos a “descatolizar” a Francia. Quieren extirpar de sus corazones el último vestigio de la fe que cubrió a sus padres con gloria, que hizo a su país grande y próspero entre las naciones, que lo sostiene en sus pruebas, que trae tranquilidad y paz a sus hogares y que abre el camino a la felicidad eterna<sup>7</sup>».*

Ya en 1880, Jules Ferry<sup>8</sup>, desde su ministerio de Instrucción Pública, que él mismo llamó “de las almas”, asestaba dos mazazos a la Iglesia como recogí en mi libro sobre la masonería, citando la publicación de Antonio Martín Puerta relativa a este período: «El

<sup>7</sup> San Pío X, *Vehementer Nos*, 16.

<sup>8</sup> Iniciado en 1875 en la logia parisina *Clemente Amistad*.

primero disolvió la Compañía de Jesús, dándole tres meses para dispersarse; el segundo otorga otros tres meses a las demás congregaciones bajo amenaza de disolución, para solicitar ser autorizadas. Ya presidente del Gobierno desde 23 de septiembre de 1880, entre el 16 de octubre y el 9 de noviembre se hace cerrar a 261 conventos y se expulsa a cerca de 6.000 religiosos»<sup>9</sup>. Pero la ley decisiva vendría en 1882, prohibiendo a los religiosos, sin excepciones, entrar en las aulas; tampoco podrían ya dirigir o supervisar las escuelas primarias, públicas o privadas. No; aquella legislación no tuvo nada de neutral; era tan violentamente anticlerical que logró ahondar la brecha que separaba a las dos Francias: las que estaban a favor o en contra de una laicidad impuesta desde el poder como un objetivo prioritario siempre que la masonería tenía el gobierno en sus manos o podía condicionar sus políticas. Igual que sucedería después y ocurre actualmente. Aunque siempre, desde 1880, lo hayan presentado como una garantía de las libertades republicanas, cuyo eje central era, aparentemente, la separación Iglesia-Estado. Algo supuestamente neutral que ocultaba, en realidad, otros propósitos.

Ese divorcio, convenientemente utilizado, se ha mantenido de manera inflexible desde 1880, pero no puede negarse que antes se había producido en Francia una revitalización del Catolicismo, después de la devastación revolucionaria. Sin hogueras, “columnas infernales” o “deportaciones verticales”, los dirigentes de la Tercera República buscaban imponer un régimen tan contrario a la Iglesia como el diseñado por los de la Primera, aunque no cambiaran ya el calendario ni la era; sus gobernantes se habían propuesto, ante todo, neutralizar esa pujanza católica que se apreciaba

9 Antonio Martín Puerta, “Antecedentes históricos de Educación para la Ciudadanía”, *Aportes* 75, XXVI, (1/2011), p. 26, en Alberto Bárcena, *Iglesia y Masonería. Las dos ciudades*, p. 168.

en el viejo solar de «La hija mayor de la Iglesia». Y eran conscientes de que debía obrarse de manera muy distinta a la empleada por el Comité de Salud Pública. Todo mucho más “discreto”. Y esa estrategia, al servicio del mismo designio laicista, ha perdurado: el todavía presidente Hollande, en febrero de 2017, visitaba la sede del Gran Oriente de Francia para reconocer la deuda que, según él, la Francia “laica” —la oficial— tiene con la masonería, llegando a decir: «Si se cree, como es mi caso, en la República, en algún momento hay que pasar por la masonería», e identificaba la ideología masónica con la constitución republicana<sup>10</sup>. Años antes su ministro de Educación, Vincent Peillon, desde el estrado del templo Groussier del mismo Gran Oriente, proclamaba: «Queremos refundar la República. ¡Y queremos refundarla desde la escuela!»<sup>11</sup>. Claro que en su libro *La Revolución no ha terminado*<sup>12</sup>, el ministro Peillon iba más lejos, concretando más cuando afirmaba: «La laicidad puede considerarse como la famosa religión de la República buscada después de la Revolución».

Éste es actualmente el estado de la cuestión. Así que, desde nuestra perspectiva histórica, podría considerarse fallida en todos los aspectos la rebelión vandeana; pero sería muy precipitado hacerlo así: el ejemplo de aquellos héroes mayoritariamente desconocidos, resplandece para los católicos como el de tantos otros que a través de los siglos han antepuesto su Fe a cualquier otra cosa. Como ha escrito el profesor de Historia de la Iglesia Enrique de la Lama, refiriéndose a la Vendée: «... Merecía la pena difundir estos contenidos que nos hablan de héroes cristianos anónimos, pero que miraron a la muerte sin temor. Por amor a la Virgen y a

10 Carmelo López-Arias/Religión en Libertad, 27 de febrero de 2017; [http://movil.religionenlibertad.com/articulo\\_rel.asp?55163](http://movil.religionenlibertad.com/articulo_rel.asp?55163)

11 Carmelo López-Arias/Religión en Libertad, 9 de diciembre de 2012; [http://móvil.religionenlibertad.com/articulo\\_rel.asp?55163](http://móvil.religionenlibertad.com/articulo_rel.asp?55163)

12 *La Révolution française n'est pas terminée*, Ed. Seuil, 2008.

Cristo, como los testigos de todos los tiempos»<sup>13</sup>. Aparte de que el valor de su oración de intercesión por la Iglesia ante el Padre Eterno es imposible conocerlo en este mundo. La narradora de *Una familia de bandidos* dice en una de sus páginas: «Mi único objeto al emprender este trabajo fue daros a conocer mejor vuestra familia y los beneficios de que Dios la ha colmado, beneficios amargos, sin duda, pero preciosos a la vez». Esa es la perspectiva que el lector no debe perder para comprender el comportamiento de los protagonistas de esta historia. Es doctrina de la Iglesia que en ocasiones resulta moralmente imposible esquivar el martirio, san Juan Pablo II dijo al respecto: «... puede ser lícito, loable e incluso obligatorio dar la propia vida (cf. Jn 15, 13) por amor al prójimo o para dar testimonio de la verdad»<sup>14</sup>. Los vandeanos, buenos conocedores del Evangelio, estaban avisados antes de levantarse contra los enemigos de Cristo: «... Y seréis odiados por todos a causa de mi nombre; el que persevere hasta el final se salvará»<sup>15</sup>, leemos en la festividad de san Esteban, protomártir del Cristianismo.

Alberto Bárcena

13 Enrique de la Lama, reseña de "La guerra de la Vendée. Una cruzada en la Revolución", de Alberto Bárcena, *Anuario de Historia de la Iglesia. Revista del Instituto de Historia de la Iglesia*, Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, Vol. 26/2017, p. 594.

14 San Juan Pablo II, *Veritatis Splendor*, 50.

15 Mt 10, 17-22.